



Martín de Riquer. In memoriam

Júlia Butinyà¹

Recibido: 12 de enero de 2014 / Aceptado: 15 de febrero de 2014

Cómo citar: Butinyà, J. (2016) Martín de Riquer. In memoriam, en *Revista de Filología Románica* 33.2, 331-52.

Sin ser de Filosofía ni de Filología Griega pero habiendo leído alguna que otra obra de Aristóteles, como la *Ética Nicomáquea*, tengo presente que el Filósofo necesitaba a veces vocablos para expresar conceptos, que por lo general se movían entre dos extremos. Y me hallo quizás en tal situación –si es que no existe esa palabra realmente–, pues la primera imagen que me sugiere Martín de Riquer es la atención afectuosa y llena de interés hacia la persona con la que estaba hablando, como bien ponía de manifiesto el chispeo de su mirada; podríamos decir que personalizaba de modo automático su relación. No coincide exactamente con la idea de empatía, como concordancia o conexión, aunque se le aproxima. Y en su caso, lo revivo así, fuera para con un alumno, un colega o un bedel. Atención que podríamos simplificar como personalizada. Y ello tiene que ser resultado de una gran humanidad, de una fuerte vivencia interior que conlleva superar o desechar lo más superficial o trivial, haciendo predominar una honda sinceridad, lo cual no proviene de engreimiento ni de blandenguería. A mi entender, desde esa actitud término medio -volviendo al Estagirita-, envolvía las relaciones humanas, lo que le otorgaba naturalmente si no una superioridad si un dominio de la situación.

Este comienzo augura que, en mi elogio en recuerdo de su figura, voy a esquivar la confección de un listado sobre su ingente aportación. A pesar de que en parte se lo debiera por todo lo que me ha servido. Pero me inclino a rechazarlo en primer lugar porque bajo esa tónica se han poblado generalmente los medios de comunicación desde el 17 de septiembre de 2013, fecha de su fallecimiento; pero además porque se me hace cuesta arriba referirme al Doctor Riquer –como siempre le hemos llamado sus alumnos– si no es con aquella misma naturalidad y afecto que le caracterizaban. Parece especialmente adecuado si lo que se pretende es honrarle y cuando las necrológicas no se resisten –ni se deben resistir– al detalle personal, a expresar lo que nos une a la persona querida ausente, más aún si se le debe honor y agradecimiento. Y como a su sombra siento un gran complejo intelectual, mucho

¹ Departamento de Filología Clásica, Facultad de Filología (UNED)
E-mail: juliabutinya@gmail.com

más allá del respeto, pues siempre somos pequeños al lado de un maestro, no anularé el bagaje que pueda rozar lo personal al aportar algún recuerdo que permita valorarlo desde la cercanía.

Además, este enfoque permite hacer presentes dichos y hechos que de otro modo quedan arrollados por el elenco de ocasiones más famosas, mientras que son también dignos de recuerdo. En esta línea pondría su guía en el *Diccionario enciclopédico Larousse*, en editorial Planeta, en los años 60, puesto que, aunque empezara a andar a la sombra de la precedencia y experiencia de la editorial francesa, no debió ser tarea fácil formar un equipo redactor e introducir en nuestras latitudes los criterios para elaborar seriamente la que iba a ser la primera enciclopedia moderna en español.

Tratándose, pues, de un ámbito familiar en un sentido petrarquesco del vocablo, he de resaltar que, cuando estaba haciendo mi tesis doctoral –cuyo tribunal presidió–, me veía obligada a remover documentos de mis antepasados, y comentó que él estaba haciendo lo mismo. Aludía al fascinante *Quinze generacions d'una família catalana*, que habrá hecho las delicias de muchos, pero entre los que destaco a mi padre, que gozó con su lectura como libro de cabecera en sus últimos años. Tanto cuenta ahí cuando un pariente de otro siglo raptó a la mujer que amaba como hechos brillantes, como pueden serlo el recorrido del condado de casa Dávalos –cuyo título como 7º conde le correspondía–, o los aciertos y éxitos del pintor modernista Alexandre de Riquer.

Cuando, en 1999, presenté en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona –que presidió más de 30 años– su libro *Caballeros medievales y sus armas*, le apliqué el prólogo del *Curial* (“O, quant és gran lo perill...”), tomándolo a él como figura modélica para el mundo de la Filología actual, al igual que lo son aquellos protagonistas en la novela. Es algo evidente en una época en que domina la mediocridad, no tanto de investigaciones como de talentos, que en resumidas cuentas ha llevado a que la secularmente estrella de las Humanidades –la Filología– ande bastante por los suelos; por lo que, aparte de ponerlo como modelo, hacía reflexionar sobre nuestra propia valía. Y debió entender bien la idea pues me dijo que había sido un bello parlamento; juicio que puede parecer anodino, pero que por su tono y tras haber aludido a su humanidad tan auténtica presumo que no era tópico ni una réplica ritual. Como tampoco lo era cuando habiéndole gustado un libro que hubiera publicado cogía inmediatamente el teléfono para decírmelo. Y a la inversa, una vez que le envié un estudio que no le parecía todavía suficientemente maduro, hizo lo mismo; lo cual es aún más de agradecer.

Refiriéndome al *Curial*, novela humanista a la que he dedicado muchos y largos años, puedo añadir un aspecto a tener en cuenta. Y es que muchos filólogos habremos oído de él por primera vez explicar en profundidad obras que después han determinado años enteros de nuestra vida profesional; o bien nos habrá intrigado hacia ellas. Así ha ocurrido con el recién mencionado *Curial*, cuando –y esto lo hace más valioso– hace unos 50 años era todavía poco conocido y contaba con escasas referencias bibliográficas. Y si acudimos a los poemas de los trovadores, constataremos que algunos versos en provenzal los podríamos repetir de memoria sus alumnos de mediados del siglo pasado (“Can vei la lauzeta mover / de joi sas alas contra'l rai...”). Son textos que nos traspasaba vivamente desde su entusiasmo. Y aunque sean detalles difíciles de calibrar, no dudo que los que

hemos asistido a sus clases suscribiríamos que perfilan una manera de ser, que en un profesor es lo que le hace grande; o sea, fértil y eficaz. Son beneficios. Según Séneca, *beneficium est praestitisse aliquid utiliter*. He repetido varias veces el espectáculo de cómo, al entrar él en clase, se despoblaba el patio de Letras, mientras en su aula seguíamos su exposición como si se tratara de un divertido acontecimiento.

Pasando a la investigación, poseía asimismo una cualidad que lamentablemente hoy no es muy común: la honestidad extrema para reconocer la deuda de sus informaciones, hecho que fundamenta la transparencia y garantiza la objetividad en el avance del conocimiento. Ahora bien, este rasgo, ineludible en todo tratamiento científico, no es suficiente para que algo sea comunicado. Es preciso aquella contundencia y convicción que acabamos de comentar que tenía como docente, y que -aunque más que un mérito posiblemente sea un don- manifestaba desde la voz a la mirada, caracterizándole. De aquí también la capacidad para saber transmitir la cultura, no ya la literatura, a un amplio espectro de gentes; pues es sabido que no sólo llegó a los estudiosos -entre quienes reconocen su huella indeleble se hallan Francisco Rico y Albert Hauf-, sino también a un espectro muy dispar, sea de autores -por citar alguno, Vázquez Montalbán o Vargas Llosa- o de lectores variopintos. Lo mismo ocurre con sus libros; y voy a evitar los más conocidos. Se aprecia bien entre los de temática amplia, como *Llegendes històriques catalanes*, donde revive algunas leyendas muy conocidas o constitutivas de esta cultura -como la de las cuatro barras o el nacimiento del rey Jaume- a través de anécdotas y anotaciones de todo tipo, en un “todo-vale” muy comparatista a efectos de entender y vibrar con los textos.

Es decir, no hace falta ser historiador ni filólogo para disfrutar leyendo libros suyos. A punto de cumplir los 80 años tuvo la amabilidad de venir a Madrid a darnos una conferencia sobre el *Tirant lo Blanch* en la UNED -Universidad a la que me había incorporado recientemente-, y los comentarios de los colegas, de muy diversas materias y de un ambiente que no era el propio de aquella novela, fueron unánimes: es sorprendente cómo facilita-invita-incita a leerlo. Entre los asistentes se hallaba Ernest Lluch, tan conocido después por muy penoso motivo y entonces rector de la Menéndez Pelayo; nos comentó que tener la oportunidad de oírle hablar sobre el *Tirant* y en Madrid era todo un lujo.

Por todo ello, me atrevo sin ambages a hablar de una escuela, que no se agota en los que asistimos a sus clases, pues los alumnos de sus discípulos también se han formado con sus estudios; y conozco a más de uno que, a pesar del salto generacional, lo reconoce como maestro en un sentido laxo de la palabra por la influencia que ha ejercido sobre él. Y a partir de ahí ha enriquecido a un público muy extenso; directamente por su lectura o indirectamente por medio de la transmisión de quien, como venimos diciendo, ya llevaba la carga riquieriana incorporada. No creo que haya un estudiante de Filología Románica, y no sólo de nuestro país, que haya prescindido de sus investigaciones, por ejemplo sobre la narrativa artúrica o los cantares de gesta franceses, temas suyos principalísimos. Y lo mismo de Cervantes y tantas lecciones de la Literatura española. Así como sus volúmenes de la *Història de la Literatura catalana* de la Edad Media -que eran tres en la 1ª edición, de 1964- se puede decir que sentaron cátedra sobre los grandes autores medievales, los cuales constituyen un caudal de considerable dimensión; y

esta labor procede de un solo autor y en un momento que en muchos casos estaba abriendo camino. Ya sólo por esta obra, aunque hay muchos más factores que lo avalan, Riquer forma parte de la llamada tradición catalana. Si bien es sabido que no sólo forma parte de esta tradición sino –con proyección mucho más alargada– de la hispánica, amén de lo comentado ya acerca de la romanista.

Pero –hay que insistir–, si ha acuñado varias generaciones, no es sólo en cuanto a contenidos sino por una manera de hacer, filológica y humana, basada en la autenticidad, que es un rasgo definitivo para reconocer muchas cosas, pero desde luego el recto y buen nivel del magisterio. Su empuje vital podía equivaler en cierto modo a lo que hoy denominamos como “tener marcha”, empleando una expresión moderna, y resaltando con ella que a Riquer siempre le gustaba arrimarse a las modernidades que tuvieran gracia o utilidad. Esa ilusión provoca que la docencia revierta en la investigación y a la inversa. Al igual que logra que lo que se enseña, y también lo que se aprende, por su misma enjundia se convierta en un disfrute. Algo así como el trabajo en el socialismo utópico. Y así, cuando le pidieron una traducción de un libro suyo, no se limitó a traducirlo, sino que redactó un libro nuevo; me refiero a *Aproximació al Tirant lo Blanc* (1990) y a *Tirant lo Blanch, novela de historia y de ficción* (1992).

Ese ciclo, que evidencia la salud de la ciencia y es tan conveniente para el mundo académico, se trasluce también de otra actitud suya, manifiesta cuando, muy sinceramente, decía que aprendía tanto de sus mismas clases. Posiblemente son flecos de la honestidad a la que me he referido antes, puesto que hay cualidades que no son puntuales sino que se expanden en muchas direcciones. De hecho, es un viaje de ida y vuelta o una espiral cíclica que funciona fluidamente ante un clímax saludable. Y de alguna manera es también la aplicación de la ósmosis vida-literatura que tan bien ejemplificaba con las gestas y aventuras de la caballería medieval en las obras de ficción, dado que repercutían en la vida social, a la vez que los autores imitaban los hechos de su tiempo.

Ni que decir tiene del ímpetu –unido a una impecable argumentación– con que defendía sus hipótesis (como la del *Quijote* de Avellaneda, que atribuía a Jerónimo de Pasamonte, soldado compañero de Cervantes); pero que sabía deslindar de lo que es la certeza. O bien de la firmeza para con aquellas una vez certificadas por vía documental; como ocurrió al poder confirmar la personalidad única de Guillem de Cervera y Cerverí de Girona, la cual había mantenido anteriormente. Ahora bien, este magisterio no sólo se cifra en la habilidad para exponer los argumentos sino que alcanza a su vez a la aceptación de las rectificaciones. Como supo hacer en algunos puntos respecto a la novela de Martorell.

Ya acabando y en lugar de honor quiero destacar sus investigaciones sobre Bernat Metge. Han recordado hace pocos años unos colegas que, siendo estudiante, me veían andar por los pasillos con el grueso volumen de su edición de la obra completa de 1959 –todavía hoy valiosa e insuperable–, agarrada a él como si fuera un trofeo.

Por último, no quiero dejar en el tintero alguna obra de alta especialidad, como son los dos volúmenes de *Heráldica catalana*, a los que hay que recurrir ineludiblemente si uno se acerca a esta materia. La variedad de los campos que ha cultivado dificulta encuadrarle con un adjetivo, aunque no fallamos si le adjudicamos el de romanista; muy a pesar de los paisajes visitados allende la

Romania, como certifica la preciosa *Historia de la Literatura universal*, elaborada con José M^a Valverde.

Recientemente me han pedido una entrevista radiofónica sobre su figura por el hecho de ser discípula suya, ya que siempre le he reconocido como maestro, y la acabé advirtiéndole que en una época como la nuestra, de egos y petimetres o de un peso desmesurado de la imagen, el Dr. Riquer, que acumulaba los principales premios de nuestro país (Premio Internacional Menéndez Pelayo, Nacional de Ensayo, Príncipe de Asturias de las Ciencias Sociales, Nacional de las Letras Españolas), amén de reconocimientos como *Honoris Causa*, pasó sus largos años de jubilación bastante recluido; sin embargo, siempre en primera fila para colaborar en lo que se terciara y fuera útil o en cuanto a seguir al pie de cañón trabajando sobre el hecho cultural.

Resumiendo, hemos recibido –y hablo ya en plural-, muchos y grandes beneficios de Martín de Riquer. Sin ánimo comparativo debido a un exceso de afán laudatorio, pero volviendo a la sana costumbre de hacer memoria de los clásicos, traigo ahora a colación que en el *De beneficiis*, tras citar a Sócrates o Diógenes, dice Séneca que no hay que sentir vergüenza de ser vencido por tales hombres. El hombre agradecido no se avergüenza por ser vencido a beneficios, incluso viéndose favorecido en casos en que no se le permite el retorno (IV-V). Por ello, y aun siendo tan poco, quiero cerrar este recuerdo dándole una vez más las gracias.